

RECENSIONES

DIETER DETTKE: *Allianz im Wandel*. Frankfurt/M., 1976, Alfred Metzner Verlag, XII-244 pp.

En la fase inicial, la Alianza Atlántica consistía, en primer lugar, en contrarrestar, desde el punto de vista de la seguridad política, el peso militar del potencial soviético. Al mismo tiempo, su función se cernía sobre la posibilidad de cortar a la influencia de la URSS el camino hacia Europa occidental. Resultaba imprescindible la presencia de los Estados Unidos en el campo tanto convencional como nuclear. La amenaza real de parte del sistema expansionista soviético sobrepasaba en mucho los límites que suele imponer una consideración normal de defensa, tendiendo, en cambio, a extenderse sobre toda Europa. La OTAN no contenía, en un principio, obligaciones recíprocas automáticas, ya que simbolizaba una alianza de Estados soberanos. No obstante, su línea histórico-práctica conduciría a una integración militar. Por encima de ello, la seguridad común americano-europeo-occidental debía manifestarse, de acuerdo con los valores sociales y culturales comunes, también sobre una base política y económica común.

El equilibrio militar entre Este y Oeste condicionaba y definía la línea de demarcación entre los diferentes sistemas sociales en Alemania y Europa. Los intentos de la década cincuenta de cambiar la situación impuesta a raíz de la guerra fracasaron por los fines políticos perseguidos por las partes de ambos bandos. Sin embargo, debido al equilibrio nuclear entre Norteamérica y la URSS, sobre todo a partir de la salida de los años cincuenta, se ha llegado a un reajuste de las relaciones entre las dos superpotencias en el sentido de verse obligadas a evitar un conflicto nuclear mediante una cooperación bien limitada. Consecuencia: un cierto alejamiento de los Estados Unidos de un posible conflicto local europeo para evitar un enfrentamiento armado con la Unión Soviética. Conforme a la concepción americana de la seguridad, la invulnerabilidad de los Estados Unidos no dependía solamente de un equilibrio de poder en Europa, sino ante todo de la estabilidad del equilibrio americano-soviético. Es porque América ya empezó a figurar como zona atacable directamente desde la URSS.

En la segunda mitad de los sesenta y principios de los setenta, el dilema estratégico norteamericano se agudizaría como consecuencia de la paridad nuclear con la URSS, hecho que influyó considerablemente en la estabilización militar en las relaciones entre las dos superpotencias, o al menos se intentó tal estabilidad, perturbada, además, por la creciente crisis económica y enfrentamientos político-internos. La «autolimitación» americana tuvo como efecto la predisposición soviética de delimitar su política con el *statu quo*,

ofreciéndose, al mismo tiempo, como *partner* de una cooperación económica con los Estados Unidos y Europa occidental. Es porque Moscú ya disponía de un curso decidido en dirección de la CSCE.

En esta fase, Washington emprende un nuevo rumbo en relación con su papel en las relaciones internacionales: sus alianzas ya no pueden ser como medio de contención respecto a la URSS y China, al menos no como condición *sine qua non*, sino que acepta el criterio de asegurar la estabilidad de la paz mundial en colaboración con dichas potencias. Así se llega a una especie de cooperación intersistema basada en la inevitabilidad de interdependencia de los sistemas con diferente orden social, que no es sino fomentar la política de la distensión y cooperación a escala mundial. A pesar de ello, las alianzas norteamericanas no sufren alteración alguna desde el punto de vista de la estrategia global y como medio de intimidación.

Visto desde esta perspectiva el desarrollo de la política internacional, resulta que la problemática de la seguridad ya no constituye para las alianzas occidentales la única base de supervivencia pacífica. Queda abierta la posibilidad de si el actual sistema de alianzas en el que se entrecruzan factores militares y políticos sobreviva la presión de las nuevas orientaciones y si las relaciones Este-Oeste no experimenten transformaciones interaccionales provocando ciertos cambios de interferencia de un sistema social en otro con evidente repercusión en ambos bloques, de la Europa occidental no podría librarse. Sin duda, Europa occidental tendría que contribuir con mayores gastos a su propia defensa, fenómeno que influiría negativamente en su proceso de integración. Por si fuera poco, el entendimiento americano-soviético es posible sólo a expensas de Europa occidental y de Japón, dos zonas completamente dependientes del problema del petróleo, mientras que las dos superpotencias, autosuficientes e inafectadas por la crisis surgida en 1973-74, tienen a su disposición suficientes instrumentos para hacer «su» política por encima de los demás países y posibles bloques.

Es bien sabido que las políticas interior y exterior se «interinfluencian» en sus condicionamientos teóricos y prácticos frente a los terceros Estados. Y al contrario, los terceros Estados condicionan la conducta de sus *partners*. Ese debió haber sido el motivo al considerar Nixon y Kissinger que las instituciones atlánticas hayan llegado a ser obsoletas. Algo así como una combinación entre neogaullismo y antiguo atlantismo. A sugerencias de Kissinger fue elaborada la doctrina Nixon, consistente en la recuperación de la libertad de acción en la política exterior estadounidense; se trata, más o menos, de lo expuesto anteriormente: la estabilidad europea era posible, a partir de 1973-74, sólo dentro del marco de dicha libertad de acción americana a través de las relaciones distensionistas con la URSS y, por tanto, de un proceso de generalización del entendimiento Este-Oeste, sobre todo en forma del mercado mundial.

En un principio, el desarrollo del bilateralismo americanosoviético repercutiría en la situación integracionista de los europeos, sin embargo, y a pesar de una variedad de opiniones, los Estados Unidos no abandonaron Europa occidental, aunque ésta se viera como comprometida frente a las dos superpotencias; es decir, Washington ha renunciado en parte a su papel de exclusividad de garantizar la seguridad de los países miembros de la Comunidad, con lo que Moscú encontraría más facilidades de influir en esta zona geográfica, pero siempre hasta el punto marcado por Norteamérica. Ahora,

RECENSIONES

especialmente desde la CSCE de Helsinki y de las negociaciones de MBFR, también el Gobierno soviético se responsabiliza por la seguridad del sector europeo que excede de sus competencias propiamente dichas. Entonces, el bilateralismo Washington-Moscú engendra una estructura político-estratégica, dentro de la cual se desenvuelven con más libertad, pero también con más responsabilidad, ante todo los dos grandes subbloques que son Europa occidental y el Japón figurando, como «enlace», los intereses de la República Popular de China, plasmados en el conflicto Pekín-Moscú y en la busca del acceso a los mercados mundiales. En suma, surge una nueva *troika* de potencias de segundo grado a la que se permite obrar entre sí y frente a los dos supergrandes con más libertad, pero bajo la vigilancia de los protagonistas del bilateralismo americano-soviético. ¿Acierto o desconcierto? Pensemos que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética se enfrentan con algunos problemas graves de carácter interno y, por tanto, no extraña que se vayan acercando mutuamente, al menos por ahora, en la escena internacional. Y la *troika* de subgrandes tiene la oportunidad de responsabilizarse algo más cada uno de sus componentes cara al futuro desarrollo de la política mundial. Este hecho representa una llamada a que colaboren más estrechamente entre sí. Sólo que bajo esta premisa es dudoso que no surjan nuevos problemas entre los actores que forjan los destinos de la humanidad y los intereses que persiguen y defienden.

En todo caso, la situación política mundial ha encontrado unos puntos de contacto entre la *Ostpolitik* occidental y la *Westpolitik* del bloque soviético. Así entendemos el fondo de la presente obra que, a título de conclusión, gira en torno a las siguientes tendencias: *a)* neorientación de la política exterior americana bajo Nixon y Kissinger; *b)* desarrollo de las Comunidades europeas y el diálogo transatlántico; *c)* la *Ostpolitik* soviética respecto a la distensión propugnada por Norteamérica y Europa; *d)* las repercusiones del bilateralismo americano-soviético sobre la OTAN.

STEFAN GLEJDURA

JUAN FRIEDE: *Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo*. Siglo Veintiuno Editores, S. A., México, 1977, 310 pp.

En el padre Las Casas es preciso ver, antes que a un místico, antes que a un contemplativo y antes que a un hombre que se resigna dulce y mansamente a asumir las adversidades del destino, a un ser humano profundamente dinámico, a un ser rebelde y «contestatario». En efecto, subraya el profesor Friede, tras largos años de lucha comprendió que era imposible resolver los problemas que agobiaban a la población indígena mediante leyes, críticas y denuncias que, en el mejor de los casos, ocasionaban nuevas leyes y nuevas admoniciones. Fue ese convencimiento la causa de su conversión de predicador y abogado en político y luego en hombre de acción. Había comprendido que leyes e ideas no cambian una situación social. Que sólo *la acción* para realizarlas mueve la historia y cambia o puede cambiar el destino de un pueblo. Pocos enemigos hubiera tenido el dominico si se hubiese limitado a

sermones y disquisiciones literarias. Al contrario: hubiera pasado a la posteridad como tantos moralistas, teólogos y juristas, representante, uno más, del movimiento intelectual humanitario que hace honor a la España del siglo xvi. Pero al haber adoptado primero una política de experimentos y luego, habiendo fracasado, una actitud de combatiente activo del mal en su fuente, fue vituperado por sus contemporáneos y lo sigue siendo todavía por muchos.

Estamos, pues, en presencia de un libro en el que, en primer lugar, se define calurosamente la memoria del polémico dominico español y, en segundo lugar, se analiza con cierto detenimiento la obra política, jurídica y social que España realizó en las tierras del Nuevo Mundo. El panorama que se describe en el curso de esta obra, sin constituir un quehacer sustancialmente laudatorio para nuestra nación, es bastante ecuánime, serio y, en no pocos momentos, rigurosamente científico. El profesor Friede opta en las páginas que acaparan nuestra atención por ir un poco más allá de lo meramente superficial y trata de valorar en su justa medida lo que supuso el desarrollo del proceso de «aculturación» que España, quierase o no, impuso a las tierras descubiertas y conquistadas. Por lo pronto, en justicia, el autor reconoce que España no se limitó a la simple explotación económica de las tierras que iba descubriendo en el Nuevo Mundo, para luego despreocuparse de la vida interna de la población indígena, de sus costumbres, creencias y organización social. No siguió, pues, la política que posteriormente adoptaron los demás pueblos imperialistas.

Subraya, en otro lugar de su obra, que la legislación indiana fue precedida de largas y profusas discusiones entabladas en España, principalmente hacia la mitad del siglo xvi, con la participación de los más connotados juristas y teólogos. Tan importante fue ese debate que contribuyó a colocar a España en el primer puesto de la ciencia jurídica de la época, pues la discusión sobre los derechos del indio sobrepasó pronto los límites de la controversia inicial. Se discutía sobre los derechos naturales del hombre y sus limitaciones, sobre el derecho de gentes, la legitimidad de la conquista y, consecuentemente, la de los derechos del rey sobre América, las prerrogativas del Estado y de la Iglesia, las bases legales de la encomienda, del régimen tributario, de la esclavitud indígena. En fin, todos los problemas que surgían como por generación espontánea a raíz de la ocupación del Nuevo Mundo...

Centrándose en el estudio de la figura de Las Casas nos indica que la primera conversión del inquieto dominico, cuando en 1514 renunció a su encomienda en Cuba convirtiéndose en un acérrimo luchador en pro de la causa indígena, fue el resultado de una protesta individual contra la injusticia social. Ni fue el primero ni sería el último que protestaría contra la injusticia. Sin embargo, nos dice, hubo algo de extraordinario en la figura del infatigable predicador que no nos es dado encontrar en sus colegas y acompañantes. Justamente, la sorprendente ascendencia que este simple clérigo, sin nexos con la clase dirigente, obtuvo en pocos años en los altos círculos eclesiásticos y en la Corte de España demuestra no sólo sus excepcionales dotes personales, sino que el terreno que pisaba estaba ya abonado por todo un movimiento precursor, tanto dentro de la burocracia estatal como en la iglesia, lo cual, efectivamente, queda perfectamente demostrado en varios de los capítulos de este libro.

Examinando más de cerca la labor del fraile predicador, subraya el profesor Friede que, efectivamente, la primera etapa de su lucha en pro del indio no se diferenciaba, en esencia, de la de otros luchadores por la causa indígena. Era una lucha de abundante verbosidad, aunque los largos años de estudio en el convento capacitaron al dominico para elevar poco a poco el nivel intelectual de sus intervenciones. Protestaba y reclamaba contra la recia explotación a que estaban sometidos los indios, lo cual dificultaba su evangelización. Apelaba a la conciencia del español americano para que no «perdiera su alma». Recordaba al rey y a sus consejeros la obligación de proteger al indio y convertirlo al cristianismo, insistiendo en que sus conciencias no estaban «descargadas»; la guerra a los indios era injusta, la dominación española «tiránica», etc. Predicaba y sermoneaba, apelando a nobles sentimientos humanos, amenazando con el infierno y el día del juicio final, describiendo el estado «miserable» de los indios. Se trataba, en fin, de esfuerzos sentimentales, moralizadores, platónicos...

La segunda etapa del quehacer religioso, político y social de Las Casas en tierras americanas comienza con su obra escrita. Una obra en la que trata de reflejar la realidad que alcanzan a contemplar sus propios ojos. Su *Brevisima destrucción de Indias*, obra compuesta hacia 1542, la cual carece de cualesquiera disquisiciones teológicas o de una manifiesta intención de sacudir la conciencia de los españoles aquende y allende el océano, es un libro clásico de esa postura política de un Las Casas realista. En un idioma crudo, directo y sin compromisos—señala el profesor Friede—, fray Bartolomé recoge sus experiencias personales y las noticias llegadas al Consejo de Indias, revelando la realidad americana que conocía personalmente y la que se hallaba documentalmente confirmada. Puede, consecuentemente afirmarse—y así lo hace el autor del libro objeto de nuestro comentario—que, en efecto, dista un abismo entre Las Casas doctrinero-predicador y Las Casas el político, aunque ambos se complementan en cierto modo. Y fue precisamente Las Casas político quien logró desviar temporalmente el curso de los acontecimientos y quien adquirió una dimensión internacional que ha sobrepasado la frontera de su patria.

El fraile dominico es, sin proponérselo, uno de los primeros en aplicar la normativa del por entonces Derecho Internacional. Las Casas no sólo rechaza la encomienda, sino el derecho de los españoles a hacer guerra a los indios y su consiguiente esclavización. Incluso rechazaba el nombre de «conquista» para la acción española en las Indias. «Este término y nombre de conquista para todas las tierras y reinos de las Indias descubiertas y por descubrir—escribía—es término y vocablo tiránico, mahomético, abusivo, impropio e infernal.» Este rechazo alcanzaba también las conquistas perpetradas a base de capitulaciones entre conquistadores y la Corona, porque en la práctica, argüía, éstas no se diferenciaban ni por los procedimientos ni por los resultados de aquellas que se hacían sin licencia. Por consiguiente, «Su Majestad no es obligado a guardar ni cumplir ninguna ni alguna de las dichas capitulaciones ni asientos. Lo uno, porque son fundadas en falsas y malas informaciones y, por consiguiente, son inválidas de derecho. Lo otro, porque se ejercitan los que las tomaron en grandes ofensas de Dios y pecados mortalísimos y en destrucción de aquellas gentes».

Las Casas, sin duda, es, al mismo tiempo, el primer defensor de los derechos humanos—apasionado defensor—. Por eso mismo, en la lucha que

RECENSIONES

estaba librándose en las flamantes colonias españolas para institucionalizar una estructura social clasista, Las Casas y su equipo se inclinaron decididamente en favor de la clase indígena y de los inmigrantes españoles pobres. El esfuerzo por asegurar el bienestar económico de estos sectores de la población adquirió carácter de una verdadera *lucha de clases*, en la cual Las Casas expresaba ideas y adoptaba tácticas que casi permiten enrolarlo en la escuela marxista moderna. Hacía una neta distinción entre los intereses económicos de la minoría—la clase alta de la sociedad—y los de la mayoría oprimida de indios y españoles. A lo largo de su vida no dejó de denunciar los intereses económicos como el principal móvil que inducía a los consejeros del rey, a los altos funcionarios e incluso a obispos y frailes para adoptar una política antiindigenista. Más de una vez reveló el carácter clasista de las teorías jurídico-teológicas, tras de las cuales se ocultaban los intereses económicos de la clase alta. Declaraba sin vacilación que todas aquellas teorías encubrían «el propio apetito y particular utilidad» de quienes las propugnaban.

Los fines *materialistas* del movimiento lascasiano, piensa el autor de las páginas que inspiran el presente comentario, fueron la íntima causa de la animosidad que sintieron los españoles americanos y las autoridades coloniales hacia fray Bartolomé. Su insistencia en el derecho del indio a sus bienes materiales y a su libertad personal comprometía seriamente los intereses económicos de aquéllos. No sólo luchaba para lograr la adhesión de la Corona al programa de su partido, sino también de la iglesia oficial. Consideraba como obligación de los obispos y religiosos defender a los indios y «preservarlos de cualesquiera perjuicios, aflicciones y opresiones aun *corporales*, así como suministrarles los auxilios *temporales*».

En definitiva, concluye el profesor Friede, todo fue en vano: no le fue posible al movimiento lascasiano, último y vigoroso esfuerzo indigenista colonial, doblegar la oposición de los españoles americanos. La intensidad con que se discutía—y obraba—en los asuntos indígenas iba decreciendo poco a poco. Por una parte, la población indígena se hallaba sensiblemente disminuida; por otra, el revoltoso conquistador-encomendero había recibido plena satisfacción, pues se había afianzado definitivamente el principio político, por cuya introducción había luchado desde los comienzos: el directo y, por consiguiente, incontrolable dominio sobre el indio. La encomienda, la naboría, la mita y, en parte, la esclavitud, quedaron como instituciones básicas que regían las relaciones entre indios y españoles. Esas relaciones se declararon de incumbencia exclusiva de las autoridades coloniales. Desde 1560 varias células prohibían expresamente a los religiosos negar la absolución a los españoles que incurriesen en el incumplimiento de las leyes relacionadas con los indios... Es obvio, pues, que con todas esas disposiciones se trataba de no hacer de las tierras americanas un problema cotidiano. La política internacional que España intensamente desarrollaba en la época de Felipe II no le concedía tregua para entrar en el examen minucioso de los problemas humanos de allende los mares.

Vale la pena subrayar, nos dice por último el autor, que muchos de los postulados lascasianos no han perdido actualidad. Sus ideas son todavía, cuando se discuten problemas no resueltos aún, magnífico manantial de soluciones, y en todo caso no pocos de sus postulados conservan una inmarchitable lozanía. Así, por ejemplo, cuando en nuestros días nos plantea-

RECENSIONES

mos cuestiones referentes al imperialismo, a los derechos de las minorías étnicas y raciales, a las relaciones entre la Iglesia y el Estado y otros problemas sociales que demandan una urgente solución el nombre de Las Casas, con sus defectos y virtudes, sirve para evocar el primer planteamiento del tema, sirve como piedra angular en la que apoyar la primera tesis, sirve para consolarse, aunque sea torpemente, de que los problemas anteriormente subrayados son, al parecer, radicalmente inseparables de la condición humana.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

ANDRÉ FONTAINE: *Le dernier quart du siècle*, París, Fayard, 1976, 268 pp.

«El siglo que acaba de entrar en [su] último cuarto no encuentra su unidad más que en *el cambio en todos los dominios del conocimiento, de la técnica, de las costumbres, de las creencias, de las relaciones de fuerzas.*»

Tal es la afirmación de André Fontaine en el libro que recogemos en esta Sección (*vid.* p. 4).

Esa aseveración puede ser una de las claves del inventario del estado presente del mundo y de sus perspectivas que Fontaine hace en esta publicación.

Otra clave puede ser la siguiente: el no hacer «conclusiones perentorias» sobre el futuro del mundo (*vid.* p. 5). A pesar de todas las nubes que se acumulan en el horizonte mundial, nada autoriza a pensar que «el último cuarto de este siglo pudiera ser el último cuarto *de* siglo, el último cuarto de hora de la especie» (cf. p. 6). Esa es la conclusión de la Introducción del volumen comentado.

* * *

Pues bien, la primera parte de la obra se dedica al enfoque de *los gigantes sin aliento*. Sin aliento, ciertamente, pero todavía llenos de vigor y que dominan la escena mundial.

En esta tesitura, el primer capítulo lleva por título *La fatiga de Europa* (pp. 11-23), esa Europa que —a juicio del autor— «durante más de dos milenios ha escrito la Historia del mundo» (cons. p. 13). Y punto crucial de esta temática es el oscurecimiento—el *effacement*— de Europa tras la segunda guerra mundial, de sus «ilusiones» sobre la idea de gobernarse a sí misma—que los acontecimientos de 1956 y de 1968 se encargaban de disipar—y de la «ilusión» comunitaria europea—y que hoy no es más que «la caricatura» (*vid.* p. 20).

Ahora bien, una buena parte de la responsabilidad de ese fracaso de Europa corresponde a los europeos: a *la parálisis de su voluntad* (p. 27). Esto lleva al problema del *peso del protector* (capítulo segundo: pp. 25-35). Partiendo de la idea de Talleyrand de que «el día en que América pese con todo su peso en Europa, la paz y la seguridad estarán desterradas durante mucho tiempo (p. 25), se analiza el problema del liderazgo mundial de los USA y el de la identidad europea.

RECENSIONES

Es un capítulo entero el que se consagra a la estimación de la posición de los Estados Unidos en nuestra hora: *América entre dos ilusiones* (capítulo tercero: pp. 37-47). En él se habla de cosas como el olvido de los principios morales que forman parte de la trama de la ideología americana (*vid.* pp. 40-41), a la par que se produce la intensificación del compromiso mundial de los USA: desde la imagen estadounidense sobre el comunismo hasta la gangrena moral de Vietnam, Watergate y Lockheed, y la impotencia total en la cuestión de Angola. En conclusión en esta materia, A. Fontaine advierte la necesidad de que los USA caigan en la cuenta de que ya no son los más fuertes, lo que no quiere decir que sus adversarios sean más fuertes que ellos. Junto a esta otra circunstancia: no haber razón para crear los Estados Unidos que han entrado en un declive irremediable, dados su potencia, sus recursos, etc. (*vid.* p. 47).

Yendo al otro gran actor mundial —la URSS—, un capítulo lo hace desde la óptica de *las fisuras del monolito* (pp. 49-60). Fundamentalmente, esto: el monolito —«el Imperio soviético»— de antes está en camino de convertirse en un *mosaico*, con el problema del mejoramiento del nivel de vida en el campo socialista (cfr. p. 52), etc. El hecho es que el comunismo había conocido —con Yugoslavia y China— *cismas*. Ahora se enfrenta al nacimiento de *la herejía*. Con la advertencia de que «los simplificadores sin imaginación que reinan en el Kremlin nada detestan más que la diversidad» (p. 59).

Otra faceta del mundo soviético se enfoca desde la perspectiva interna: *entre el Estado y la Revolución* (pp. 61-71). Aquí es la ocasión de registrar las diferencias en las condiciones de vida en la URSS (pp. 67-68). Pues bien, en ese cuadro, tenemos que el Ejército —tan numeroso y tan dotado de privilegios— puede decirse que constituye por sí mismo una clase social (p. 68). Y extremo insoslayable a este respecto es el papel esencial del Ejército en la defensa del orden social y de los valores patrióticos y morales sobre los que se basa ese orden (p. 69). Consiguientemente, es de subrayar el significado del desarrollo del *establishment* militar (p. 70), con dos toques: *i)* el instinto conservador de todo Ejército y el hecho de que un Ejército potente es siempre, de alguna manera, el instrumento de una política de potencia (p. 71).

Bajo el rótulo *Esparta no está ya en Esparta*, se plantea (pp. 73-83) el papel de la República Popular China en la arena mundial. Y ello con un pensamiento esclarecedor: el único país de talla suficiente para discutir el duopolio de los supergrandes es China (p. 75). Ahora bien, sentado esto, el autor comentado consigna la modicidad de sus recursos: su producción industrial no supera la de Italia y su fuerza atómica de disuasión es, todo lo más, igual a la de Francia (*vid.* p. 76). Parejamente, A. Fontaine reconoce que no ve perfilarse a nadie que tenga en la actual República Popular China los dones carismáticos de un Mao o el genio político de un Chou En-lai (cfr. p. 80). Con todo, no queremos dejar pasar un sensato aserto de A. Fontaine: la realidad de que China escape en una gran parte a nuestros modos de pensar (cfr. página 80). En fin, la obra comentada se ocupa de la tensión entre las dos grandes potencias comunistas y de las relaciones USA-China en el horizonte de fin de siglo.

* * *

RECENSIONES

Y ya entramos en la segunda parte de este volumen. Bajo el título general de *¡Balcanes por doquier!*, André Fontaine abre esta parte con un capítulo —el séptimo— dedicado a *la rebelión de los peones* (pp. 89-99). Y ello se hace en el marco de la *détente*, situación internacional que se ve por el autor como una fase de la guerra fría, como la *guerra fría continuada por otros medios* (vid. p. 91). Pues bien, la novedad en este ambiente es que, en la partida de ajedrez de las superpotencias, los peones comienzan a actuar por sí mismos, comienzan a no dejarse manipular. Y la conclusión de Fontaine en este punto es que, en un mundo más balcanizado que nunca, las grandes potencias no tienen siempre las riendas de los numerosos conflictos.

Y, yendo al área de los conflictos acuciantes, André Fontaine entra a hablar de la problemática Israel-mundo árabe. Ello lo hace con un título elocuente: *aceptarse* (pp. 101-114). De Israel, Fontaine registra sus errores, centrados alrededor del *desdén* y del *paternalismo* (p. 106), derivados de un *complejo de superioridad* (vid. p. 106) y, asimismo, su *desconfianza total hacia todos*, fruto del «largo calvario de su pueblo» (p. 107). Sobre el mundo árabe, el autor dice que la condición primera de la paz en el Próximo Oriente es que la OLP e Israel se acepten y se reconozcan mutuamente (p. 112).

El siguiente tema abordado en este libro es también del Cercano Oriente: el Líbano. Aquí se trata de *vivir juntos* (capítulo noveno: pp. 115-127). Primer punto a destacar: la configuración del Líbano como «un castillo de naipes» (p. 117), como la «Suiza del Próximo Oriente», como el Banco del Próximo Oriente (p. 121). Pero, asimismo, con un problema máximo: el de la resistencia palestina: «un Estado en el Estado libanés» (cfr. p. 122). Fontaine habla del difícil equilibrio libanés y sus cambios, para llegar —en extraordinario *retournement* (p. 124)— a la intervención siria. Finalmente, como elemento clave del asunto, la presencia de la Arabia Saudí, cuyo rey —«gracias a las rentas del petróleo, a la estimación de Washington y a una hábil diplomacia»— resulta ser el «verdadero líder de la región» (p. 126).

En el siguiente apartado —el décimo, sobre el *Africa desgarrada*: pp. 129-141—, el autor se preocupa por la consolidación de la influencia —conservadora por definición— de la Arabia Saudí, ligada a los Estados Unidos, en los asuntos africanos, y por asuntos como el de Somalia, el conflicto Marruecos-Mauritania-Argelia (por el Sahara Occidental) y el significado de la victoria del MPLA, donde la URSS sabía presentarse a los ojos de los africanos como «el mejor aliado contra los regímenes de Pretoria y de Salisbury» (p. 139).

En *el hormiguero* —capítulo XI: pp. 143-157—, se da una rápida panorámica sobre la cuestión Asia-China-URSS, las posturas de Vietnam y Laos (jugando la carta de la URSS) y el apoyo de la República Popular China a Kampuchea. Parejamente, Fontaine se ocupa del subcontinente indio —estimado como «el mayor conglomerado de indigentes del mundo» (p. 151)—, del Pakistán y de Bengala. «Otro conglomerado de indigentes» es, para el autor, Iberoamérica. De esta se pasa revista a los regímenes militares, a la acción de los Estados Unidos, a la «prudencia de serpiente de la URSS» (p. 155) en esta región del mundo. Concluyéndose la valoración de la dinámica iberoamericana con el enfoque del experimento representado por Salvador Allende, del que se dice era hombre de buena voluntad, pero que no mostraba ni «intuición estratégica», que le permitiera sentir la realidad de la relación de fuerzas, ni la prudencia necesaria para manejar la economía (cfr. p. 156).

«El vientre blando del cocodrilo» es el título del capítulo —el XII: pp. 159-

RECENSIONES

173—dedicado al Mediterráneo. En él desfilan los problemas de Grecia, Turquía y Chipre, de España—«una inflación y un paro impresionantes» (p. 165), etcétera—, de Italia—en «avanzado estado de descomposición» de la democracia burguesa (p. 165)—, de Yugoslavia—con tendencias separatistas persistentes (p. 167)—y de Portugal—con el milagro de que haya conseguido evitar la guerra civil, pero con temor sobre el futuro de la libertad (p. 171)—.

* * *

La tercera parte—*la próxima aurora*—se enfrenta con los problemas del mundo futuro.

Y la primera temática—capítulo XII, pp. 179-192—es el asunto de *jugar con el fuego nuclear*. De esta materia escogemos: *i)* El significado de la disuasión: no nace de la certeza de que el adversario atacado replicará, sino de la ausencia de certeza en cuanto a sus intenciones (cf. p. 186). *ii)* La preocupación de los dirigentes militares de las superpotencias por el avance tecnológico que diera *repentinamente* a una de ellas una *aplastante* superioridad. Por lo demás, sépase que el autor se preocupa también por la carrera de armamentos, por la diseminación de las armas nucleares y por la cuestión de las limitaciones del Organismo Internacional de Energía Atómica en este campo.

El siguiente capítulo—el XIV, pp. 193-204—se ocupa de la *sed* del mundo: *sed de petróleo*—con «el gran miedo petrolífero» (p. 197)—y las soluciones alternativas, pero también *sed de agua dulce* (p. 203), con todo lo que esto supone.

Y tras la sed, el hambre. Es el tema del *pan cotidiano*—capítulo XV, páginas 205-216—. Materia que ofrece facetas—muy de nuestro tiempo—como «el arma del hambre» (p. 211) y el «poder de la alimentación»—en tanto que *Food Power* (p. 211)—, y las reacciones de «violencia y desesperación» del mundo pobre motivadas por «la gran desigualdad mundial» (p. 214), o la insolidaridad de «ciertos nuevos ricos del petróleo» respecto a sus hermanos menos bien dotados económicamente (pp. 214-215).

La visión peyorativa de la política—como «una guarida de tigres» (Shakespeare)—preocupa a Fontaine (pp. 217-230). El autor presenta ejemplos de dicha problemática (así, el lacerante drama de los kurdos, pp. 224-227). Es, en suma, la tremenda cuestión de la introducción de la moral en la política. Pues bien, para A. Fontaine, «en tanto que no se haya llegado a subordinar la política a ciertos criterios éticos, la rapidez de los progresos de las técnicas de destrucción en masa y de violación de las conciencias no hará más que aumentar el riesgo de verse repetir las fechorías que son la vergüenza de este siglo» (p. 229).

El capítulo XVII—pp. 231-244—nos recuerda los logros de la técnica—«apoteosis de la técnica»—y la problemática del medio ambiente. Tras ellos se plantea la búsqueda de un modelo de crecimiento económico que sirva a la «salvación de la especie», en lugar de—como hasta el presente—un crecimiento con el objetivo del poder o del beneficio (vid. p. 243).

En el último capítulo—el XVIII, pp. 245-258—, el autor—francés—señala el papel a desempeñar por Francia en las soluciones *planetarias* que necesita el mundo. Y, en la hora de los «bloques» y de las multinacionales, si Francia «quiere *resistir* verdaderamente, *subsistir*, *pesar*, tiene necesidad

RECENSIONES

del concurso de sus vecinos» (p. 251). En este sentido, el libro comentado expresa su homenaje a De Gaulle y a Pompidou (pp. 250-252), muestra su reticencia hacia Giscard d'Estaing—«todo sonrisas para los americanos» (p. 252), etc.—, su alergia a los «énarques» (p. 255), y termina recordando, con Montesquieu, que *no hay democracia sin virtud*—es decir, *sin civismo* (página 257).

* * *

En conclusión (pp. 259-268), André Fontaine, esgrimiendo el valor de la *justicia* y de la *verdad*, nos lleva—entre otras cosas— a la necesidad de una *mutación política y económica*, que—implicando *sacrificios* y *austeridad*—supone una verdadera *mutación psicológica*, tanto de los gobernantes como de los gobernados. En última instancia: no pertenecer al mundo de los *potentes* y superar los complejos de los *miserables* (p. 267).

* * *

Finalmente, recuerde el lector que el autor del libro recensionado ingresaba en el diario *Le Monde* en 1947, que ascendía a jefe de su servicio exterior en 1951 y redactor en jefe en 1969. A la par, nótese que A. Fontaine era designado, por la revista americana *Atlas*, como el «redactor en jefe *internacional* del año» para 1976. Asimismo, autor de obras, como una *Histoire de la guerre froide*, en dos tomos, calificada de «admirable» por el suplemento literario del *Times*, de Londres, y de *La guerre civile froide*, considerado por Yves Florenne—en *Le Monde Diplomatique*— como libro «comprometido no en un campo, una ideología, sino en el corazón de su tiempo».

En resumen, ahora estamos ante un inventario *hacia el futuro*—en visión *de conjunto*—de la escena internacional, con buen sentido—serenidad—y sin contemplaciones—verdad-justicia—. Y en esta línea ha de subrayarse el acento puesto en una moral para la humanidad. Del siguiente modo: *i)* Hasta el presente, los cambios entre los pueblos han estado sometidos, en lo esencial, a la ley del mercado. En ocasiones, la fuerza de las armas se añadía a la del capital. Estos cambios han obedecido a una regulación *mecánica*. *ii)* Pues bien, «ha llegado el momento de invertir las cosas y, como escribe François Perroux, de someter la economía a *las exigencias de una moral internacional*». Como dice André Fontaine: *es preciso dar una moral a la especie humana* (cf. p. 216). Que es tanto, para nosotros, como decir—lejos de injustificados y atroces arcaísmos—una *moral pública hacia y para el siglo XXI...*

En conclusión, el resultado es una lúcida panorámica de la dinámica mundial en la encrucijada de nuestra hora.

LEANDRO RUBIO GARCIA

KARL KAISER y KARL MARKUS KREIS (Ed.): *Sicherheitspolitik vor neuen Aufgaben*. Frankfurt-M., 1977, Alfred Metzner Verlag, XV-447 pp.

Efectivamente, la seguridad europea se enfrenta con nuevos problemas, fruto de una serie de circunstancias que fueron perfilándose de una manera aguda ya en la segunda mitad de los años sesenta. Ya no se trata tan sólo de la base militar, ostentada fundamentalmente desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, sino que concurren, y en forma aún más devastadora, factores de tipo económico, y la mejor prueba de esta afirmación es la actual crisis mundial, debida según argumentaciones de los más diversos expertos en la materia, pero secundada, consciente o inconscientemente, por una serie de fenómenos, como es la crisis moral, cultural, político-potencialista, tanto a la defensiva como a la expansiva y, por supuesto, la ideológica. La seguridad de una sociedad, o conjunto de sociedades, se verifica, fundamentalmente, en la seguridad individual; cuando ésta no se da, la seguridad colectiva desemboca en caos, o en una forma especial de guerra, que es, entre otras cosas, el terrorismo internacional, una de las características más expresivas de la década setenta, porque se ha abandonado el concepto de autorresponsabilidad.

Europa está dividida, pero no acabada. La parte occidental forma parte de la Alianza Atlántica con Norteamérica al frente. Sin embargo, junto a esta manifestación intenta integrarse llamando a las puertas de los Estados que todavía están fuera de la Comunidad. Ahora está en juego el sur y el sureste europeo. La democratización de Portugal, España y Grecia alberga grandes esperanzas en este sentido, aunque la inestabilidad de sus regímenes subsiste en el plano tanto interior como exterior. Italia agoniza políticamente y Grecia se ve azotada por varias situaciones conflictivas, sobre todo con Turquía. Junto a Portugal, los tres son miembros de la OTAN. En cuanto a España, su adhesión a la Alianza Atlántica y a la Comunidad europea depende de ella misma, teniendo bien presente que las dos organizaciones no son la misma cosa, lo que de por sí constituye toda una serie de planteamientos y consideraciones de intereses que a veces son antagónicos. España, por ejemplo, puede ofrecer a la OTAN más de lo que recibiría, y, en cambio, recibiría más que pudiera ofrecer al ser admitida en la CEE. En ambos casos, su situación estratégica, privilegiada por tierra, mar y aire, frente al peligro de amenaza real a su soberanía y seguridad por parte de la URSS, la sitúa ante el dilema de conjugar las realidades con las perspectivas, que tampoco son tan irrealas, de integrarse en Europa y en el Atlántico. Porque si la amenaza es viable, la seguridad es factible, formando íntegramente parte del mundo occidental. A este respecto consideramos realistas las observaciones hechas en la parte primera de la obra, que corre a cargo de Lothar Ruehl: *estabilidad y evolución en España...*

También el bloque soviético tiene problemas internos y de integración dentro del Pacto de Varsovia y del COMECON. Sin embargo, a partir de 1969-70, poco después de los acontecimientos de Checoslovaquia, y debido al empuje decidido a favor de la distensión, la política moscovita está interesada en completar la coherencia incondicional de sus Estados componentes en forma de una auténtica «comunidad de Estados socialistas». El control moscovita es férreo y a pesar de unas tendencias «independizadoras» nacionales ha conseguido mantener en situación de disciplinados a sus miembros. El sistema soviético en esta relación es mucho más eficaz que el occidental

RECENSIONES

européo-atlántico-mediterráneo. La URSS tiene, por tanto, la ventaja de presentar a esa «comunidad socialista» como un bloque compacto y unido, cuyos integrantes se ven obligados, ante todo en el terreno de provisión de energía y materias primas, a admitir su dependencia respecto del Kremlin.

Ahora bien, a diferencia de la Alianza Atlántica y de la Comunidad europea, con la tesis de que los progresos en el proceso de distensión Este-Oeste responden lógicamente a una agudización y extensión de la «lucha ideológica», los soviéticos consiguieron poner una base política para insistir en la necesidad de una «integración ideológica» dentro del marco del Pacto de Varsovia. Excepto Rumania, todos los países miembros del mismo están de acuerdo con la tesis soviética. Dicho de otra manera, la distensión Este-Oeste ha sido aprovechada por la URSS para fortalecer sus posiciones dentro del bloque socialista a expensas de sus aliados.

La ideología constituye la fundamentación y la justificación de todos los pasos emprendidos por el Kremlin en la escena internacional. ¿Qué significa eso? Que juega con gran ventaja frente al Oeste, desprovisto de una ideología propia, y en el que todo suele reducirse a evocaciones de los valores de la civilización occidental... Otra diferencia de vital importancia entre Este y Oeste: en las alianzas occidentales, en este caso se trata concretamente de la OTAN y de la CE, primero se toman contactos, luego se negocia, se firman los tratados o convenios correspondientes y, finalmente, se procede a ponerlos en práctica; en el bloque socialista, primero entran las tropas soviéticas o de la alianza, luego se firman tratados, justificándolos con una que otra doctrina. Aún más claro: en la OTAN, o en relaciones puramente bilaterales (= España), primero, tratado, luego, tropas; en el Pacto de Varsovia, primero, tropas, luego, tratado. Comprendemos que a pesar de la distensión y del bilateralismo suprapotencial Estados Unidos-URSS, las relaciones internacionales se complican por su propia naturaleza jurídico-moral. Disponiendo de una línea ideológica única para todos los componentes de la alianza, la situación es, al menos en teoría, más efectiva y exteriormente más demostrativa.

De sumo interés son también las exposiciones en torno a las negociaciones sobre la CSCE, de Helsinki (de Paul Noack), sobre todo desde el punto de vista militar y político, al control de las carreras de armamentos (de Christian Potyka), la reducción de la presencia de tropas en relación con la seguridad europea (Lothar Ruehl), papel del poder militar (de Erhard Forndran) y su significación en el Este y en el Oeste, exteriorización del mismo en la teoría y en la práctica (de Lothar Ruehl), alcance valorativo del equilibrio militar (de Erhard Rosenkranz), problemas de un conflicto bélico, especialmente en el sector centroeuropeo (de Johann Adolf Graf), por la presencia de las tropas soviéticas y de sus aliados, nuevas exigencias para con la seguridad occidental desde el punto de vista del consenso unísono dentro de las reglas democráticas-irresponsabilidad de la opinión pública frente a la responsabilidad del político (de Christian Potyka), seguridad económica en relación con el diálogo Norte-Sur, Europa-América y el papel de la URSS (de Wolfgang Hager), así como las divergencias entre los fines militares y económicos de la política de la seguridad.

Sin duda alguna, ha sido un gran acierto la inclusión del problema del terrorismo internacional entre los temas aquí tratados. El autor de esta contribución (Karl Markus Kreis) aborda su aparición y sus formas de acción. Su existencia es más grave de lo que se pudiera suponer y, por tanto, el foro

RECENSIONES

internacional se encuentra ante el dilema de poner en marcha un sistema de colaboración entre las policías a escala internacional contando con un eficaz servicio de intercambio de informaciones, por un lado, y cómo proceder contra aquellos países que ofrezcan refugio, protección y hasta ayuda a los terroristas, por otro. Hoy día, sanciones de índole económica o medidas diplomáticas se han quedado atrás de esta triste realidad.

Otra cuestión apuntada es la situación actual de la seguridad en el Oeste, condicionada por los cambios producidos últimamente, no solamente en Europa occidental, sino también en lo referente al Tercer Mundo. No es necesario subrayar de un modo especial que el pluralismo occidental se halla en absoluta desventaja frente al monolitismo ideológico, político, económico y militar del Este soviético... (también de Karl Markus Kreis). Karl Kaiser, por su parte, trata de la función de la República Federal que desempeña, puede y debe ejercer como uno de los Estados principales dentro de la seguridad europea, aún más teniendo en cuenta los cambios que han surgido durante la presente década mediante el afianzamiento del bilateralismo sovieto-estadounidense y el llamado proceso «progresivo» de distensión. Cabe recordar que si Europa está en busca de sí misma, ha de asumir mayores responsabilidades en favor de sus pueblos en el plano no solamente económico, que, por cierto, es la base material de toda actividad pública y privada, sino también, y quizá aún más, en las esferas de la política y de la defensa común.

Dada la circunstancia de que la obra es resultado de varios autores cuyos respectivos planteamientos no son necesariamente idénticos, el interesado bien pudiera caer en la tentación de dudar respecto a un tema determinado tal como se analiza. Sin embargo, y precisamente al análisis brindado por cada uno de los autores contribuyentes dentro de su marco, el libro constituye un envidiable cuerpo orgánico, que en vez de propagar monolitismo al estilo soviético, reactiva la necesidad de crear condiciones para una unidad a través de diversidades.

STEFAN GLEJDURA